Mejorar los modelos de enseñanza

Hemos empezado este curso con la aparición de dos nuevos informes de la OCDE, Panorama de la educación 2009, presentado el 8 de setiembre, y Creación de entornos de enseñanza y aprendizaje eficaces: Primeros resultados del sondeo de enseñanza y aprendizaje (TALIS), publicado el 16 de junio. De la lectura de sus múltiples datos y de sus conclusiones podemos apreciar cómo ambos coinciden en que la mejora de los resultados educativos depende fundamentalmente de la transformación de los modelos de enseñanza utilizados por la mayoría del profesorado.

El informe Panorama de la educación 2009 muestra los avances conseguidos por el sistema educativo español en los últimos años, pero, al mismo tiempo, evidencia la incapacidad para mejorar en relación con otros países. Sigue siendo significativa la diferencia en la inversión. España destinaba en 2006 el 4,3% del producto interior bruto (PIB) a educación, sólo por encima de Japón y Chile y por debajo del resto de países. Al otro lado de la estadística se encuentran Suecia (6,8%), Noruega (6,6%), Finlandia (6,1%) y Francia (5,6%). A pesar de que en estos últimos años el Gobierno ha incrementado su aportación a educación, llegando al 4,9%, aún estamos situados a notable distancia de la media. En cualquier caso, el informe advierte que no se trata de cuánto se invierte, sino de cómo se gasta en educación. El reto de España es aumentar la oferta educativa y mejorar los sistemas de calidad, en concreto la necesidad de tomar medidas en los métodos de enseñanza para pasar de modelos expositivos a modelos participativos.

Así mismo, el estudio internacional de la OCDE, TALIS, enfocado al entorno del aprendizaje y a las condiciones de trabajo de los maestros en las escuelas, basándose en las respuestas de maestros de educación secundaria y directores de veintitrés países, muestra cómo una mayoría del profesorado, especialmente de España, se inclina a considerar a los alumnos como participantes activos en el proceso de adquisición y construcción del conocimiento, pero en sus prácticas de aula se sigue considerando al maestro como transmisor de información y demostrador de las soluciones que considera correctas.

La conclusión que nos ofrecen los dos estudios en relación con la necesidad de cambio de los métodos de enseñanza no es nueva. Desde hace décadas todas las instancias y los foros internacionales insisten sobre la necesaria renovación de los métodos de enseñanza. Pero el problema no está en cómo debe ser la enseñanza, en cuáles son las formas de enseñanza más apropiadas. Se conocen cuáles son, no sólo teóricamente, sino en la práctica, y las experiencias mostradas en esta revista durante los últimos veinte años así lo corroboran. Sin embargo, vemos la dificultad de la generalización de estas prácticas. Seguramente, el problema reside en los condicionantes que impiden que aquello que debería ser pueda ser: la cultura profesional; la dinámica de la Administración; los criterios en la selección del profesorado; una formación inicial incoherente, al utilizar unos métodos de enseñanza contrarios a los defendidos; una formación continua, débil y, cuando ésta existe, excesivamente teoricista, cuando no anecdótica. Pero seguramente lo determinante sea el miedo y la consecuente resistencia al cambio del profesorado, de los equipos directivos y especialmente de las distintas administraciones, incapaces de tomar las medidas eficaces para combatir las resistencias corporativas de la propia estructura administrativa.

Las conclusiones de estos informes pueden caer en saco roto, ya que es fácil desde la Administración redactar leyes y ofrecer discursos de acuerdo con dichos informes. Pero éstos no sirven para nada o, peor, tienden a producir el desánimo si no van acompañados de recursos y estímulos al profesorado que fomenten la innovación educativa y combatan la lógica resistencia al cambio.